

## GOSSIP AS FICTIONAL NARRATIVE. RHETORICAL, POLITICAL AND COGNITIVE POTENTIALITIES FROM THE “NEW PHILOSOPHY OF HISTORY”

**MARÍA EUGENIA SOMERS**

ORCID.ORG/0009-0000-5717-3285

Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas

Universidad de Buenos Aires

eusomers@gmail.com

**Abstract:** *This article aims to demonstrate that gossip is a phenomenon of the narrative-fictional horizon of the “New Philosophy of History”. The theoretical advantage of this proposal is that it circumvents the drawbacks of theories on gossip in order to apprehend its characteristics. Understood as fictional narrative, gossip is not a distortion or an insular practice of language and social practices, but is inherent to the modes of signification through processes of fictionalization. Thus, an opportunity is enabled to consider in a rhetorically situated way objects such as gossip, previously marginalized, within discursive practices as an important means of cognitive elaboration and political articulation.*

**KEYWORDS:** GOSSIP; NARRATIVISM; FICTION; RHETORIC; POTENCY

**RECEPTION:** 08/04/2024

**ACCEPTANCE:** 29/10/2024

## EL CHISME COMO NARRATIVA FICCIONAL. POTENCIALIDADES RETÓRICAS, POLÍTICAS Y COGNITIVAS DESDE LA NUEVA FILOSOFÍA DE LA HISTORIA

**MARÍA EUGENIA SOMERS**

ORCID.ORG/0009-0000-5717-3285

Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas

Universidad de Buenos Aires

eusomers@gmail.com

**Resumen:** Este artículo tiene como objetivo demostrar que el chisme es un fenómeno del horizonte narrativo-ficcional de la “Nueva Filosofía de la Historia”. La ventaja teórica de esta propuesta es la de eludir los inconvenientes de las teorías sobre el chisme para aprehender las características del mismo. Entendido como narrativa ficcional, el chisme no es una distorsión o una práctica insular del lenguaje y las prácticas sociales, sino que es inherente a los modos de significación por medio de procesos de ficcionalización. Así, se habilita una oportunidad para considerar de manera retóricamente situada objetos como el chisme, antes marginalizado, dentro de las prácticas discursivas como un importante medio de elaboración cognitiva y de articulación política.

**PALABRAS CLAVE:** CHISME; NARRATIVISMO; FICCIÓN; RETÓRICA; POTENCIA

**RECEPCIÓN:** 08/04/2024

**ACEPTACIÓN:** 29/10/2024

## 1. INTRODUCCIÓN

El objetivo de este trabajo es argumentar que el chisme es una narrativa ficcional, en pos de explorar sus implicaciones retóricas, políticas y cognitivas. Este abordaje descansa en la hipótesis de que los conceptos de narrativa, ficción, y subsecuentemente el fenómeno del chisme, no deben ser comprendidos como falsos o contrarios a la realidad, sino como constitutivos de la misma. Para ello, resulta pertinente abordar exhaustivamente cada uno de los términos implicados en la noción de narración ficcional. En relación con la narración, se retomará una concepción amplia, sólidamente desarrollada por la “Nueva Filosofía de la Historia” (Ankersmit y Kellner, *A New Philosophy of History*, 1995), la cual establece un vínculo entre la teoría literaria, la retórica y la filosofía de la historia. En relación con la ficción es necesario llevar a cabo una delimitación teórica similar, mediante la que sea posible desarticular ciertas concepciones de sentido común, profundizando en la cuestión para habilitar una comprensión cabal de la misma. El marco teórico que se presenta a continuación recupera los debates más representativos del giro narrativo y el replanteamiento contemporáneo del problema de la ficción, habilitando su aplicación al novedoso caso del chisme.

Se comienza exponiendo el aspecto narrativo, tomando los aportes de Hayden White en *Metahistoria: La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX* (1992 [1973]). White, uno de los mayores exponentes del giro narrativo de mediados del siglo XX, muestra cómo desde la teoría literaria es posible analizar la producción discursiva de la historia, y efectúa una puesta en valor de la noción de narrativa. Estos lineamientos se complementan con las apreciaciones de Louis Mink en *La comprensión histórica* (2015 [1987]), donde se afirma que las narrativas son creadas y constituyen un instrumento cognitivo para acceder y comprender los acontecimientos del pasado.

Se continúa con el aspecto ficcional, haciendo uso de la noción de ficción que Northrop Frye desarrolla en *Anatomía de la crítica* (1991 [1957]) y *Fables of Identity. Studies in Poetic Mythology* (1963), entre otros textos. Distinguiéndose de las aproximaciones tradicionales de Jeremy Bentham y Hans Vaihinger, Frye provee una noción de ficción compleja, entendida como un dispositivo cultural que escenifica lo concebible, dando cuenta de un conjunto más vasto que lo que se considera efectivamente “real”; es decir, en

este planteo lo real es tomado como un subconjunto de lo concebible. Esta formulación se ve enriquecida por el concepto de potencia que Marie-Laure Ryan expone en *La narración como realidad virtual* (2004 [2001]), a partir del cual el concepto de ficción es condición de posibilidad para el establecimiento de lo que se denomina real.

Finalmente, se presenta el caso particular del chisme, utilizando como hilo conductor los aportes de Clare Birchall (*Knowledge Goes Pop: From Conspiracy Theory to Gossip*, 2006), Patricia Fasano (*De boca en boca. El chisme en la trama social de la pobreza*, 2006) y Emilio de Ípola (“La bamba”, 1982). La inaugural puesta en diálogo entre estos teóricos logra historizar y contextualizar la función social del fenómeno en cuestión, con miras a llevar adelante un análisis retóricamente situado del mismo, que ilumine sus aspectos políticos y cognitivos.

## 2. LA RECUPERACIÓN DEL PROBLEMA DE LA NARRATIVA EN LA TEORÍA CONTEMPORÁNEA

En *Metahistoria: La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX* (1992 [1973]), White argumenta en contra de la aceptada noción de que la historia se compone por un recuento de hechos. Al analizar los presupuestos epistemológicos de la historiografía académica, el autor se propone demostrar que la estructura narrativa de la obra histórica no es una forma externa que ordena al contenido, sino que al encontrarse intrínsecamente relacionada a este, le otorga sentido a los hechos históricos.

Para el autor, una obra histórica opera como gozne entre “el *campo histórico*, el *registro histórico* sin pulir, *otras narraciones históricas*, y un *público*” (1992 [1973]: 16). En *Metahistoria* identifica cinco niveles de conceptualización: la crónica, el relato y los modos de tramar, de argumentación y de implicación ideológica. Los primeros dos refieren a la presentación de los hechos, es decir, de los datos del registro histórico en bruto. Mientras que la crónica presenta los datos, el relato los ordena diacrónicamente, ya sea inaugurando, estableciendo una transición o finalizando una secuencia. En este momento, el historiador responde por las relaciones entre los sucesos, dando cuenta por qué se encadenan de una determinada manera y no de otra. Este análisis le permite a White desarticular la dicotomía entre historia y ficción:

en el relato, el historiador no descubre los hechos, sino que los trama, tal y como lo hace un escritor de ficción (*cf.* 1992 [1973]: 18). Una vez establecida la secuencia de datos, el historiador debe dar cuenta del relato comprendido como un todo y este sentido puede explicarse considerando alguno de los modos ya mencionados.

Ahora bien, ¿cómo se dan esos tres modos en la obra histórica? Luego de establecer que se presentan datos históricos y conceptos para explicarlos, es preciso contar con una estructura narrativa que los muestre como representaciones del pasado. En palabras del autor, al estructurar los datos “el historiador realiza un acto esencialmente *poético*, en el cual prefigura el campo histórico y lo constituye como un dominio sobre el cual aplicar las teorías específicas” (1992 [1973]: 10). En este punto es posible observar el elemento metahistórico: los cuatro tropos del lenguaje. Los tres modos de la obra histórica se combinan dando lugar a un tipo de conciencia histórica específica, que puede seguir al tropo de la metáfora, la sinécdoque, la metonimia o la ironía. Si bien todos los tropos son tipos de metáforas, “difieren entre sí en los tipos de *reducciones* o de *integraciones* que efectúan en el nivel literal de sus significados y por los tipos de iluminaciones a que apuntan en el nivel figurativo” (1992 [1973]: 10).

Así, una conciencia histórica sinecdóquica usa un personaje histórico o una figura emblemática para simbolizar todo un período o contexto histórico, una conciencia metonímica se vale de un evento específico para representar una era o período más amplio, y una conciencia irónica podría enfatizar la contradicción entre los ideales y las realidades en la historia (*cf.* 1992 [1973]: 43-46). White explora cómo los historiadores utilizan la ironía de manera autocrítica para cuestionar narrativas convencionales, al subrayar las tensiones y contradicciones en la disciplina.

No obstante, siguiendo en este punto el planteo de Lavagnino (2011), para comprender acabadamente esta apropiación de la teoría de los tropos es necesario atender la caracterización whiteana del par conceptual esquema-figura, heredado de la retórica clásica. El esquema proporciona un orden de los datos esperable por los hablantes, mientras que la figura introduce elementos creativos e impredecibles para la audiencia (*cf.* White, 1992 [1973]: 42). Por ese motivo, en el orden de representación de los datos pueden identificarse dos cuestiones: que la interacción es un proceso y que su resultado se dirime entre los horizontes de expectativas que los interlocutores tienen

sobre las sustituciones; los cuales pueden ser previsibles o no (*cf.* 2011: 38).

Mientras la esquematización da cuenta del acuerdo sobre los términos en la interacción, la figuración admite la disputa sobre los mismos. Aún cuando ambas se dan de manera continuada, “la práctica se ha orientado a la purga de lo figurativo, a la homologación de las expectativas y al acuerdo terminológico” (2011: 39). El par conceptual esquema-figura pone en evidencia cómo interpretaciones diferentes desafían lo esperado, al presentarse como vías para encontrar nuevos acuerdos en torno a términos que son motivo de disputa. Las diferencias en la interpretación no se ven simplemente como acuerdos o desacuerdos, sino como parte de un espectro amplio de posibilidades en la comunicación (*cf.* 2011: 39-40). Estas posibilidades se visibilizan y estudian gracias a la tropología.

Este fenómeno se presenta no sólo en los escritos de ficción, sino en la prosa en general, como bien muestra el caso del silogismo. Al trasladarse de una proposición universal a una singular, el silogismo pone en evidencia la presencia de un elemento entimemático. Se entiende por entimema a un silogismo trunco, en el cual se ha elidido una de sus premisas, para convertir la transmisión de su contenido en el objeto implícito de la comunicación. Una vez más, es Lavagnino quien advierte sobre el uso derivado de la retórica clásica, que descansa sobre el presupuesto de que los interlocutores se entienden. Este aspecto entimemático logra que el discurso sea más ágil, al evitar las explicaciones que puedan ralentizarlo, pero tiene un costo: a medida que se omiten partes del argumento, se vuelve más ambiguo y estas ambigüedades son conservadas y naturalizadas bajo lo que se considera sentido común (*cf.* 2011: 41).

En palabras del autor, “[l]a tropología nos permite así acceder a un rico acervo de procedimientos entimemáticos por medio de los cuales construir una discursividad media, repleta de elisiones, saltos, brechas...que, en su misma contingencia, es consciente de que las conexiones establecidas en el lenguaje son tales que entregan la posibilidad de ser expresadas de maneras alternativas y potencialmente contradictorias” (2011: 42-43). El recorrido por lo trológico-entimemático pone de relieve de qué manera las narrativas históricas trabajan con premisas elididas y estas omisiones son tan significativas como lo que se incluye explícitamente, al influir en cómo se construye y entiende el relato.

También posicionado desde un horizonte teórico narrativista, Mink indaga el sentido común de los historiadores en *La comprensión histórica* (2015 [1987]). De la mano de White, objeta la oposición entre historia y ficción al argumentar que ambas son “narrativas de acontecimientos y acciones” (2015 [1987]: 188). En los dos casos, la narrativa es el instrumento cognitivo del que se hace uso para comprender las relaciones entre acontecimientos y acciones en un derrotero.

Para mostrar su punto, Mink responde preguntas en relación a la funcionalidad de las narrativas históricas. En primer lugar, cuestiona cómo se agrupan: ¿pueden combinarse y formar una narrativa más abarcativa y compleja? En tanto narrativas, cada una crea su propia unidad y de combinarse, la temporalidad de la narrativa mayor reemplazaría las de sus integrantes. En tanto históricas, esta pregunta sólo tiene razón de ser si se considera que las mismas pueden ser contrastadas con los hechos del pasado, de modo tal que puedan continuar o complementarse entre sí (cf. 2015 [1987]: 201-203).

Por eso, a continuación, se pregunta si pueden ser verdaderas o falsas. Como la dimensión narrativa, según Mink, no tiene una pretensión de verdad, basta con considerar su coherencia interna. Como la dimensión histórica sí la tiene, debe estar validada por los hechos. Aunque este sea el caso, sostiene el autor, la correlación con los hechos no es suficiente, ya que un acontecimiento puede ser narrado en más de un relato, de diversas maneras y así como “la ‘evidencia’ no dicta qué relato ha de construirse, tampoco influye en la preferencia por un relato u otro. Cuando la cuestión es el tratamiento narrativo de un ensamble de interrelaciones, le atribuimos mérito a la imaginación, a la sensibilidad o la percepción de cada historiador” (2015 [1987]: 205).

Culmina la enumeración de paradojas analizando la noción de acontecimiento: ¿dónde comienzan o terminan los acontecimientos? ¿Es posible arribar a un acontecimiento básico o estos siempre están compuestos por otros acontecimientos? Para el autor va de suyo: algo es un acontecimiento en la medida en la que es narrado como tal. Este problema conceptual manifiesta que el objeto de la historia no puede ser el pasado en tanto relato no contado, ya que “[s]ólo puede haber hechos pasados aún no descriptos en el contexto de una forma narrativa.” (2015 [1987]: 208).

Si los conceptos narrativa e historia conducen a tales incompatibilidades, ¿por qué no desvincularlos? Mink observa que dicha opción no es deseable,

en la medida en la que se precisa de esta relación para visibilizar presupuestos teóricos no revisados. Lo que es más, tampoco sería posible, dado que el problema no radica en el carácter instituido de la historia, si no en insistir con “la idea de que existe una realidad histórica determinada” (2015 [1987]: 209), que debe revelarse. Aceptar que se le otorga sentido al pasado gracias a las narrativas históricas que se conciben en el presente significa reconocer la responsabilidad a la que conllevan esas construcciones.

De esta forma, con la narrativa histórica vista como artefacto literario, la “Nueva Filosofía de la Historia” desafía la dicotomía entre historia y ficción, y destaca la importancia de la narrativa en la comprensión de la historia. Una vez examinada la noción de narrativa, resta ahondar en la de ficción para articular un concepto robusto de narrativa ficcional de gran utilidad al analizar el fenómeno del chisme.

### 3. LA TEORÍA DE LA FICCIÓN Y LA RELACIÓN CON LA NOCIÓN DE POTENCIA

La teoría de la ficción tiene un origen complejo. Es posible hacer uso de ella tomando insumos que provienen tanto del ámbito del derecho como de la filosofía de las ciencias. En cuanto a lo primero, Bentham (*The Theory of Fictions*, 1932) busca situar el estatus de la teoría jurídica, y por ello problematiza sus nociones abstractas. El autor encuentra que estas se dividen en dos: por un lado, nociones tales como “contrato social” y otras propias del iusnaturalismo, que no sostendrían ninguna relación de correspondencia con los hechos y deben considerarse fabulosas y ser descartadas; y por el otro, nociones como “obligación” y “poder”, constitutivas del ámbito del derecho, que deben considerarse ficcionales y ser conservadas. Para poder realizar esta distinción, las nociones abstractas deben someterse al *método de la paráfrasis*, esto es, una “traducción que implica tomar una proposición cuyo sujeto gramatical es una entidad ficticia, y hacerla equivaler o corresponder con una proposición cuyo sujeto sea una entidad real” (Lavagnino, 2021: 10; Bentham, 1983: 75).

Por otro lado, Vaihinger (*The Philosophy of “As If”*, 1924) el representante de la teoría de la ficción en la filosofía de las ciencias a inicios del siglo XX, indaga el marco teórico-científico y encuentra que en el mismo hay ficciones y semi-ficciones. Las primeras se definen por ser evidentemente contradicto-

rias tanto con la realidad, como en sí mismas, mientras que las segundas sólo se oponen a la realidad y “[a] partir de esta definición pueden reconocerse ficciones virtuosas, viciosas, científicas y no científicas” (2021: 13). Para este autor, las ficciones son funcionales al conocimiento, son construcciones útiles que se sostienen hasta ser contrastadas y así, cumplir su rol epistémico. A diferencia de la propuesta benthamita, las ficciones aquí no son eliminadas, sino acumuladas en pos del conocimiento (*cf.* 2021: 13).

A la primera aproximación al problema de la ficción se le objeta su punto de partida: se asume qué entidades son reales y cuáles no. Si bien se pondera la ficción y no la asimila a lo fabuloso o falso, se necesita la distinción ontológica entre lo real, lo ficcional y lo falso para operar (*cf.* 2021: 11). La segunda, aunque da un paso más en la complejización de la cuestión de la ficción, descansa en la diferenciación *a priori* entre lo real y lo construido (*cf.* 2021: 14). Si el vínculo entre lo ficcional y lo real es el de dos polos que se excluyen mutuamente, lo ficcional permanece relegado al ámbito de lo falso y, consecuentemente, lo que es importante para el planteo de este trabajo, también lo será el conjunto de prácticas discursivas ficcionales como el chisme. Por ese motivo, es preciso indagar en teorías de la ficción que puedan dar cuenta del fenómeno en su complejidad.

A lo largo de la *Anatomía de la crítica* (1991 [1957]), el ya mencionado Frye elabora y justifica el uso de una noción de ficción particular. En este libro, su obra paradigmática, el autor comprende la crítica literaria como una disciplina sistemática, respecto de un objeto de estudio coherente y susceptible de ser analizado filosóficamente. Así, el trabajo de un crítico literario, lejos de basarse en el gusto o en juicios de valor, o de reducir la importancia de un texto a su contenido, debe responder a la interrelación de ciertos elementos conceptuales que remiten a un fenómeno más amplio: el lugar de la ficción y la ficcionalización en el ámbito de la cultura.

Recepcionando la tradición aristotélica, Frye afirma que “en las ficciones literarias la trama consiste en que alguien hace algo” (1991 [1957]: 53). Este punto queda más claro en la posterior *Fables of Identity. Studies in Poetic Mythology* (1963), donde el autor afirma que “según Aristóteles, la trama es el alma de la tragedia (y, por ende, de la ficción en general): la esencia de la ficción es, pues, la trama o imitación de la acción.” (1963: 22, traducción propia). En este texto el autor retoma y amplía las consideraciones de Aristóteles en la *Poética*, del poema a la literatura y de allí a la experiencia y la visión del mundo (*cf.* Lavagnino, 2021: 16).

En este contexto, la ficción puede ser definida por su trama, y las tramas por la capacidad de acción de los personajes que aparecen en ellas. Esta capacidad es establecida comparativamente, tomando como punto de referencia el poder de acción de la audiencia, es decir, de las personas. De esta manera, los modos ficcionales, desde el mito hasta la sátira irónica, narran las historias de dioses, héroes, jefes, pares de las personas o seres inferiores a las mismas. Estos modos dan cuenta de cómo la literatura se desarrolla desde el mito, mostrando un desplazamiento hacia el realismo. En palabras de Frye, “[l]os mitos de los dioses se convierten en las leyendas de los héroes; las leyendas de los héroes se convierten en las tramas de las tragedias y comedias; las tramas de las tragedias y comedias se convierten en las tramas de la ficción más o menos realista” (1991 [1957]: 77).

Para que una ficción sea realista el autor debe apelar a ciertos recursos de identificación, que varían según el momento del desarrollo de la literatura en la que se encuentre. En el polo del mito se utilizan metáforas y en el otro polo se utilizan símiles, ambos de manera implícita (cf. 1991 [1957]: 182). Es la invisibilización de este fenómeno –que en *Anatomía de la crítica* Frye llama desplazamiento y en *Fables of Identity* mitologización– lo que ha conducido a oponer lo real a lo ficcional y, en consecuencia, a denotar a este y otros términos que dan cuenta de la estructura literaria, como fábula y mito, de irrealidad, falsedad, etc. (cf. 1991 [1957]: 105). Cabe aclarar que las conversiones del desplazamiento o mitologización no alcanzan a las formas literarias, cuya estructura permanece, sino al contenido, y responden a cómo se adaptan a los distintos contextos históricos (cf. 1963: 36).

En anticipación y en clara consonancia con los planteos narrativistas de White y Mink, este abordaje crítico presenta los principios centrales de la literatura y demuestra que esta no se fundamenta en la vida, sino que constituye un ámbito autoinstituido (cf. 1991 [1957]: 401), basado en la propia tradición literaria. Por el contrario, lo que no puede justificarse lógicamente es la relación entre la ficción y determinados hechos de la vida; ni que se sigan necesariamente, ni que se contradigan. En tanto creaciones hipotéticas “pueden entablar cualquier clase de relación con ellos, yendo de la más explícita a la menos.” (1991 [1957]: 127). Entonces, ¿cómo pueden pensarse los vínculos entre la ficción y la realidad? Como potencialidades que crean e intervienen realidades sociales determinadas (cf. Lavagnino, 2021: 19-20).

Recapitulando, la teoría de Frye provee una noción de ficción compleja y sofisticada, con los recursos para poder pensar las narrativas ficcionales, sin relegarlas al dominio de lo falso. Para la perspectiva del autor, la ficción es un dispositivo cultural que escenifica lo concebible, dando cuenta de un conjunto más vasto que lo que se considera efectivamente “real”; es decir, en este planteo lo real es tomado como un subconjunto de lo concebible. En esta formulación, el concepto de ficción es condición de posibilidad para la concepción de lo que se denomina “real”. Desde el punto de vista de este trabajo, el fértil legado de Frye en la teoría de la ficción es aplicable a ámbitos que el autor no previó, como es el caso del chisme.

Luego de explicitar que el concepto de ficción puede entenderse como lo posible, resta desarrollar cómo pueden darse las relaciones entre la ficción o potencia y lo real. Aquí resultan esclarecedores los aportes teóricos de Ryan sobre el concepto de potencia y su relación con el de realidad. En *La narración como realidad virtual* (2004 [2001]) se rastrea el concepto de virtualidad desde la escolástica hasta la actualidad. Ya en el análisis etimológico del término Ryan observa estas dos caras de lo virtual: “la palabra virtual viene del latín *virtus* (fuerza, virilidad, virtud), y de aquí se transmitió al latín escolástico el concepto filosófico de *virtus* como fuerza o poder (con este sentido sobrevive todavía hoy en día en la expresión «en virtud de»). En el latín escolástico *virtualis* designa el potencial, «aquello que está en el poder [*virtus*] de la fuerza» (2004 [2001]: 45). La autora explica que no es hasta los siglos XVIII-XIX que los términos “actual” y “virtual”, que en la escolástica sostenían una relación dialéctica, son convertidos en polos de un dualismo. Lo virtual pasa de ser entendido como lo pasible de realizarse, lo potencial, lo opuesto de lo real, lo falso. De allí que establezca una oposición entre los sentidos añadidos al concepto de lo virtual.

Para la autora, Jean Baudrillard es el portavoz del punto de vista de lo virtual entendido como “falsificación”, y Pierre Lévy el de lo virtual asociado a la noción de potencia. El primero postula una escala evolutiva de la imagen a partir de la cual mide a la sociedad contemporánea y sugiere que hoy en día nos encontramos en el último lugar, en el que la imagen ya no guarda ninguna relación con la realidad y sólo existe el simulacro. En el estadio del simulacro las personas son virtuales y no representan más que datos para las máquinas. Según el autor, se llegó a este estadio por la adicción a la duplicación ontológica mediante la tecnología, pero acá la imagen-copia no es

dinámica, ni se genera activamente, como ocurre con las simulaciones por computadora, sino de manera mecánica y pasiva.

Distanciándose de la propuesta de Baudrillard, Lévy aclara que el concepto de virtualidad no se opone al de realidad. En su trabajo, el par conceptual virtual-real tiene ciertos rasgos: en primer lugar, menciona que éstos tienen una relación uno a muchos, ya que lo virtual puede actualizarse infinitas veces. Luego aclara que esta actualización es un movimiento irreversible y situado. Finalmente, especifica que lo virtual es inagotable. Lejos de reducir el vínculo entre ambos al movimiento de efectivización de la potencia, subraya que una característica fundamental de la realización de lo virtual es la retroalimentación entre el par, ya que no implica una mera contextualización o una elección entre opciones a actualizar, sino una transformación que produce otras cualidades que se incorporan a lo virtual (cf. 2004 [2001]: 56). En palabras de Ryan, “mientras que la actualización es la invención de una solución concreta para responder a una determinada necesidad, la virtualización es el retorno desde la solución al problema original” (2004 [2001]: 56).

Siguiendo a Ryan, el gran aporte de la noción de virtualidad de Lévy es justamente esta bidireccionalidad entre lo virtual y lo real, que visibiliza los mecanismos de su manera de funcionar. Desde esta perspectiva, si la realidad virtual llega a la perfección, como pronostica Baudrillard, no representaría una amenaza para la realidad “auténtica”, sino “una aceleración productiva del circuito de retroalimentación entre lo virtual y lo real” (2004 [2001]: 57). Ejemplos de esta virtualización son, sin ir más lejos, las herramientas, que amplían las capacidades de nuestro cuerpo físico, produciendo un cuerpo virtual. O la creación del lenguaje, que permite trascender lo particular de la experiencia concreta. La realización de la virtualización del lenguaje se da cuando, por ejemplo, usamos una palabra que lleva el significado a un sonido o marca textual específica. Al igual que en el caso anterior, donde un concepto muy estrecho de narrativa la condena al espacio de lo fabuloso e imaginario sin mayores contribuciones que realizar en el ámbito de la configuración de un sentido de realidad, un concepto muy estrecho de ficción, como el sostenido por Baudrillard, resulta ineficaz para capturar la dimensión práctica y la potencia del fenómeno ficcional. Es por ello que en lo que sigue se propone el estudio de la praxis discursiva del chisme como ámbito situado en el que puede ponerse a prueba esta delimitación teórica en torno a un concepto complejo y amplio de narrativa ficcional que toma como insumo los aportes de las dos secciones precedentes.

#### 4. EL CHISME COMO NARRATIVA FICCIONAL

En *Knowledge Goes Pop: From Conspiracy Theory to Gossip* (2006), Clare Birchall historiza el tratamiento académico del chisme. Para la autora, el mismo constituye un modo de conocimiento informal, que se singulariza por conformar “conocimientos de estatus incierto; conocimientos que no han sido verificados; conocimientos que están oficialmente desacreditados... pero que aún gozan de circulación masiva” (2006: 3-4, todas las traducciones del texto son propias). Dado que el chisme puede darse en una gran amplitud de medios –como en interacciones cara a cara, especulaciones de diarios y revistas, y la interactividad de internet (cf. 2006: 92-95)–, y puede tratar de cualquier tema, es un desafío determinar qué lo especifica. En vistas a delimitarlo, Birchall realiza un estado de la cuestión de las apreciaciones de una variedad de autores y de disciplinas: *a priori*, el chisme se suele asociar a la informalidad, la confianza entre interlocutores, la ilicitud, la indeseabilidad y en el caso de que verse sobre un tercero, se da en su ausencia (cf. 2006: 95). Siguiendo a Gordon en *Gossip and Subversion in Nineteenth-Century British Fiction: Echo's Economies* (1996), la autora afirma que el chisme “lleva a cabo la transferencia de información al mismo tiempo que declina (o se le prohíbe) cualquier responsabilidad fundacional o participación representativa en sus efectos” (Birchall, 2006: 95, cf. Gordon, 1996: 57). En otras palabras, no habría una fuente de información que pueda rastrearse, como exige el conocimiento formal o legítimo. De esta manera, destaca el que podría ser el rasgo distintivo del chisme: el de establecer una autoridad sin un autor; el ser autoconstituido. En palabras de Birchall, “[m]ientras otros modos de transmisión del conocimiento están ocupados comprobando sus fuentes... los chismes se entretienen” (2006: 96).

Pareciera que esta singularidad (*i.e.*, la de no buscar contrastarse con las fuentes) le vale al chisme de una indeseabilidad moral. En su derrotero, la autora identifica que diversas religiones posicionan esta práctica en el po-dio de los pecados; la mayoría se enfoca en las consecuencias negativas que podría traerle a la persona objeto del chisme, y específicamente el protes-tantismo lo objeta por ser una distracción que consume el tiempo que debe dedicarse al trabajo (cf. 2006: 97-100). No es hasta los manuales de etiqueta en el siglo XVII, concentrados en aleccionar la conducta de señoritas, que la práctica se feminiza. Según Birchall, ya no se trata solamente de la estigmati-

zación de la cultura oral, sino de una mirada dicotómica de la realidad, en la que “las mujeres, la tradición oral, la emocionalidad y la fantasía se apilan en un lado, mientras que los hombres, la tradición académica, el racionalismo científico y la factualidad se sitúan en el otro” (2006: 101). Para la autora, en la cultura occidental, es la feminización de la práctica la que consolida el estatus negativo del chisme (*cf.* 2006: 97). Paradójicamente, en ese contexto el chisme hace mucho por las mujeres. Birchall retoma los estudios de Spacks en *Gossip* (1985), donde analiza el rol del chisme entre mujeres en un sistema patriarcal que deslegitima sus saberes y prácticas y afirma que el chisme provee un código moral alternativo y desafiante al de la cultura dominante: “[c]omo retórica de la investigación, los chismes cuestionan lo establecido” (Birchall, 2006: 106; *cf.* Spacks 1985: 46).

Gracias a los aportes de la antropología es posible llevar a cabo un análisis más complejo del fenómeno del chisme, porque se indaga su función social (*cf.* 2006: 106). Birchall lo menciona, pero no desarrolla este marco teórico. Tomando como referencia el panorama que presenta Fasano en *De boca en boca. El chisme en la trama social de la pobreza* (2006), dentro de la antropología habría dos posturas principales: la de Gluckman en “Gossip and Scandal” (1963), quien sostiene que el chisme colabora en la mentalidad normativa de un grupo, al mantener la unidad y la moral de una comunidad (*cf.* Fasano, 2006: 25; Birchall, 2006: 105-106; Gluckman, 1963: 308), y la de Paine en “What is Gossip About? An Alternative Hypothesis” (1967), que en clara contraposición a la propuesta de Gluckman, argumenta que no chismea una comunidad, sino el individuo. Aquí no se trata de los valores del grupo, el énfasis está en sus propios intereses, de modo que la función del chisme no es unir a la comunidad, sino sólo la de administrar información (*cf.* Fasano, 2006: 25-26; Paine, 1967: 280-281).

En su trabajo sobre el chisme en el barrio La Pasarela, Paraná, Fasano y su equipo retoman ambas posturas antropológicas en torno al chisme. En primer lugar, destacan la idea de que el chisme necesariamente se da en el contexto de una comunidad pequeña (*cf.* 2006: 27), ya que la comunidad presupone una común-unidad en el tiempo y en el espacio. Esto quiere decir que sus integrantes comparten el tiempo pasado, presente y futuro y un espacio que permite que se conozcan y afecten entre sí (*cf.* 2006: 20). En segundo lugar, sostiene que hay común-unidad en el sentido, donde sus integrantes deben entender las prácticas de significación comunitarias (*cf.* 2006:

20). Por ello la autora afirma que el chisme “marca, en el propio ejercicio de su práctica, los límites de una comunidad de sentido... quien no puede ser afectado por el chisme no pertenece a la comunidad” (2006: 28).

En comunidades como la de La Pasarela, condicionadas por la pobreza extrema, el chisme cobra relevancia por conformar un recurso que cada miembro puede disponer para participar de las disputas de sentido de la misma (cf. 2006: 30). De esta manera, se ve que “no es (sólo) una función de la vida social, sino que aquí el chisme es (constitutivo de) la vida social...hace la vida social” (2006: 31). ¿De qué manera? Una condición de posibilidad de la existencia del mismo es la ambigüedad de su contenido. Fasano toma en consideración “The Interpretation of Rumour” de Lienhardt (1975), que sostiene que dada esa ambigüedad, *mediante* o *en* el rumor, los interlocutores toman decisiones (cf. Fasano, 2006: 142; Lienhardt, 1975: 121). Sobre esto, Fasano concluye que la comunidad y sus miembros se ven modificados por el ejercicio del chisme dado que “la identidad de una y otros está siendo permanentemente redefinida a través de ese juego constante de posicionamientos en el espacio social a través del chisme” (2006: 144).

Aunque en líneas generales las conclusiones de Fasano son compatibles con la mirada de Birchall, difieren en el alcance de la comunidad de sentido. Volviendo al chisme entre mujeres que analiza Spacks, es posible argumentar que el chisme se revela importante no sólo al interior de la comunidad, como exhibe Fasano sobre el barrio La Pasarela, sino también en su articulación con el resto de la sociedad. En palabras de Birchall, “[a]quí encuentra una forma de que aquellos tradicionalmente privados de sus derechos por los sistemas de conocimiento puedan participar en la construcción de la ‘realidad’.” (2006: 106). Esta observación sobre el funcionamiento social del chisme desestabiliza la previa equivalencia entre chisme y comunidad, siempre y cuando implique que sus miembros se conozcan personalmente. De ser ese el caso, muchos contextos en los que se chismea quedarían sin explorar, como aquéllos que acontecen en internet, por ejemplo. A este respecto cabe preguntarse si es preciso que los hablantes se conozcan personalmente para que el chisme sea efectivo. De ser el caso, ¿en qué otros contextos se pueden conformar una común-unidad de sentido?

El pormenorizado análisis de de Ípola en “La bamba” (1982) va de la mano con las argumentaciones sobre el chisme de Birchall y Fasano, y puntualiza de manera más clara los aspectos situacionales del fenómeno en cues-

ción. El autor busca conceptualizar las *bembas*, esto es, los rumores entre los presos políticos, los cuales presentan un nomadismo discursivo en el que se pone en jaque la distinción entre la emergencia, la circulación y la recepción de lo que se comunica (cf. de Ípola, 1982: 17). Se dan en un contexto de desinformación, un tipo de violencia carcelaria impuesta sistemáticamente al detenido político, que no debe saber lo que le ocurrirá (cf. 1982: 19-24).

Para que cierta información pueda caracterizarse como *bemba* debe ser verosímil, pero no en términos de probabilidad, sino de moderación: no puede generar demasiado temor, ni demasiada esperanza (cf. 1982: 31-34). Además, son breves, pueden ser positivas o negativas y, en clara consonancia con los aportes teóricos de Birchall y Fasano sobre los chismes, se desconoce su origen (cf. 1982: 39-42). Quienes la hacen circular no pueden ser la fuente. Por ejemplo, una *bemba* no puede ser una especulación producto de una reflexión personal. Asimismo, el autor enfatiza que no es posible distinguir el proceso de producción del de circulación: la producción se da dentro de la circulación, ya que “cada versión de una *bemba* funciona así como una suerte de materia prima para un trabajo de reelaboración que es indisoluble de su constante y a veces accidentado transitar entre los miembros de la población penal. La circulación de una *bemba*, pues, es siempre circulación *productiva*” (1982: 54-55).

En el contexto de la desinformación sistemática, paradójicamente, “todo es signo y mensaje: todo es inevitable y enfáticamente significativo. Y a su vez, todo preso político se convierte... en un lector, un descifrador, un hermenauta hipersensibilizado” (1982: 29). Si bien de Ípola señala que la recepción de las *bembas* no es homogénea (cf. 1982: 43-44), considera que su éxito o fracaso no está determinado por las características de los receptores. Sin entrar en psicologismos, el autor describe que es en el interior de la celda que cada detenido se pregunta qué lo lleva a creer o no cierta versión (cf. 1982: 58). Así como afirma Fasano, en la ambigüedad del contenido los intérpretes toman decisiones, que transforman la información y, en el mismo movimiento, a ellos mismos.

Como resultado de los esfuerzos integrados de Birchall, Fasano y de Ípola, puede argumentarse que, en tanto es una autoconstrucción, el chisme es un fenómeno del horizonte teórico narrativo-ficcional. Concretamente, se afirma que el chisme es una narrativa ficcional, porque es una trama con agentes en una estructuración del tiempo social, cuya coherencia y verosimilitud

dependen de la producción, circulación, consolidación o disputabilidad de un sentido de lo que es considerado concebible, real o efectivo. La imposibilidad de rastrear el chisme a una fuente originaria, sumada a su nomadismo discursivo, hacen que lo que se chisme sea una potencia que se efectiviza cada vez que alguien la cree y esa creencia enriquece la formulación inicial, recreando las condiciones de su ejercicio. La trama de los acontecimientos otorga sentido tanto a la subjetividad, como a las circunstancias de los hablantes, a la vez que genera un sentido de pertenencia a una comunidad. Las características del chisme como narrativa ficcional son retomadas a continuación, en pos de clarificar sus dimensiones retóricas, políticas y cognitivas.

## 5. POTENCIALIDADES RETÓRICAS, POLÍTICAS Y COGNITIVAS DEL CHISME

En los escenarios descritos el chisme es caracterizado como el insumo con el que todos los hablantes cuentan para participar en las disputas de sentido. Como se mencionó más arriba, esta descripción lo define como una herramienta de resistencia a lo establecido y, podría agregarse, de democratización de los saberes. Es por eso que Birchall sugiere que el chisme se ha tratado como “un modo alternativo para emplear selectivamente en tiempos desesperados o como un objeto de estudio externo” (2006: 11). Ejemplos de lo primero son los chismes de las mujeres en el sistema patriarcal y las *bembas* de los presos políticos; y de lo segundo, las prácticas del barrio La Pasarela. A este respecto, resulta pertinente aclarar, por un lado, que no es posible determinar *a priori* la función de un chisme en un contexto dado y, por otro lado, que el mismo no se encuentra por fuera de las prácticas cognitivas consideradas legítimas, sino que las constituye (*cf.* 2006, 11). A continuación, se respaldan ambas afirmaciones, examinando los aspectos situacionales y retóricos del chisme.

¿De dónde procede la verosimilitud de un enunciado abiertamente incierto? Este interrogante necesariamente remite a derivas lingüísticas. En su semiótica integracionista, Harris (2013 [2004]; 2001) investiga cómo las palabras llegan a significar lo que significan (*cf.* 2013 [2004]: 3). Ya no se trata de enfatizar la relevancia de la coherencia interna de la narrativa como criterio de verosimilitud, sino que se da un paso más y se discute la idea misma de que el lenguaje representa la realidad y, de ser contrastado con ella, se

arriba a la fuente de la información. Esta manera de relacionar las palabras y el significado se conoce como semántica representacionalista y según el autor descansa sobre dos falacias; una consiste en que las personas se comunican por “telementación”, por el uso de un “código fijo” (cf. 2013 [2004]: 19-20), la otra el que la existencia de una fuente de la información, externa a los signos, debe alcanzarse.

La primera falacia es bautizada por el autor como un “mito” del lenguaje. El “mito” asegura que las personas se comunican mente a mente, utilizando un “código fijo” (cf. 2013 [2004]: 19-20). Desde estos supuestos, la comunicación sería una transacción, en la que el emisor produce un mensaje y el receptor es la audiencia que lo decodifica. El mensaje, que se origina en la mente del emisor, contiene pensamientos o ideas que se transmiten gracias a un código que posee un significado ya instituido. Así, el rol del signo sería facilitar esa transferencia telementada (cf. 2001 [2000]: 73). El poder explicativo del mito es que posibilita la identidad del mensaje entre el pensamiento original y su interpretación (cf. 2013 [2004]: 21).

Si el mensaje de la mente del emisor llega a la del receptor sin pérdidas o transformaciones, es porque se asume que el sentido del mismo se encuentra consolidado y descontextualizado. Sin embargo, un mensaje siempre se produce bajo condiciones específicas, es decir, en lo que se puede denominar una situación retórica. Aquí, retórica no se entiende como la oratoria cuyo *telos* es manipular a los receptores del mensaje, sino de una manera menos estrecha: como la disposición de los componentes verbales en un contexto y audiencia particulares. Para Kellner (2013; 1989), discípulo del ya mencionado White, la manera en la que esos elementos se ordenan, escenifica una situación retórica específica, que se compone de tres elementos: argumento, *ethos* y audiencia; y según como estos se relacionan, se da lugar a alguna de las cinco partes del canon retórico: *inventio*, *dispositio* o arreglo, *elocutio* o estilo, *memoria* y *actio* (cf. Lavagnino, 2019b: 130).

La *inventio* es el proceso de edición mediante el que se decide qué elementos verbales conformarán al discurso, sin perder de vista la importancia de apelar a elementos comunes con la audiencia. En tanto compartidos, su sentido se encuentra sujeto a debate (cf. 2019b: 130). La *dispositio* es la manera en la que esos elementos se ordenan, distribución en la que resaltan los elementos argumentales, vinculados a lo afectivo, a lo moral y al tema que se está tratando (cf. 2019b: 131). La *elocutio* refiere a las composiciones sin-

tácticas y fonéticas y los géneros de la expresión, orientados a la persuasión (cf. 2019b: 131). La *memoria* se ocupa de proveer recursos para que tanto el hablante como la audiencia recuerden el mensaje (cf. 2019b: 132) y la *actio* se relaciona con la pronunciación, entonación y gestualidad del hablante, en función de orientar la interpretación de la audiencia (cf. 2019b: 132). Es en la situación retórica que se disputa el sentido de lo que se dice, hace y muestra, por lo que considerar esta dimensión es dar cuenta de la confrontación de sentidos posibles (cf. Lavagnino, 2019b: 129).

Dado que este proceso se invisibiliza en las prácticas cotidianas de comunicación, los sentidos suelen presentarse como dados y objetivos. Como se trató previamente mediante la obra de White, una perspectiva tropológico-entimemáticamente informada ve que siempre hay un componente ambiguo y sujeto a las interpretaciones de los hablantes, que no se puede eliminar. La ambigüedad que los teóricos del chisme le atribuyen a su objeto de estudio, en verdad pertenece a las prácticas de la comunicación en general. Esto es así porque la situación retórica se construye sobre una base de premisas elididas, en la que se significa más de lo que explícitamente se enuncia. Y es en este punto en el que radica la efectividad del chisme: se apoya en el acervo tópico compartido de la comunidad de sentido, que bien describe Fasano. Claro está que el bagaje de una comunidad no necesariamente se encuentra explicitado, ni conscientemente aceptado.

Volviendo a Ryan, puede pensarse que este abordaje teórico visibiliza cómo el emisor puede establecer las condiciones de posibilidad de la transmisión del mensaje, pero estas no bastan para que sus interlocutores lo apropien de la manera pretendida. Las distintas recepciones particulares del mensaje exceden estos esfuerzos, dado que en el proceso los sentidos comunes a los que se apela son disputados. En palabras de Lavagnino, “se trata de considerar la producción y circulación de una serie de contenidos vinculada a un acto comunicativo que se genera como resultado de una intervención práctica en la cual cierta apropiación de sentidos se vuelve posible, se autoriza y reproduce, de cara a un acervo tópico de sentidos compartidos” (2019: 135). Siguiendo este razonamiento, para indagar por qué cierto chisme circula, es preciso preguntarse a quién interpela, a qué responde que resulte verosímil, interesante, conmovedor, etc., y así sea difundido.

En relación a la segunda falacia, puede afirmarse que el chisme pone de manifiesto y problematiza la idea de que las palabras remiten a una fuente

originaria de significado. En tanto narrativa ficcional, muestra su estructura autoinstituida y no tiene la carga de la prueba a la hora de justificar una relación uno a uno con los hechos. Tal y como se mostró con Lévy, la relación entre ficción y realidad no se establece de manera necesaria, sino de manera potencial, y potencia y realidad dialogan en un intercambio mutuo, uno a muchos. En este caso, el chisme es una potencia que se realiza cuando se interpreta como verdadera y cada realización de la audiencia enriquece al chisme. Vale decir, la ficción entendida como la realidad en potencia, remite al nomadismo discursivo caracterizado por de Ípola, que explica cómo en la circulación de una *bemba* se van añadiendo todas sus versiones, desestimando el rastreo a una versión originaria (cf. 1982: 54-55).

Si el chisme es a la potencia lo que el conocimiento es a la realidad, este es condición de posibilidad del conocimiento legitimado, y así “el estatus abiertamente incierto de la autoridad y autenticidad de los chismes...afecta a la autoridad y autenticidad de todo el conocimiento. Los chismes [problematizan] nuestros intentos de rastrear el conocimiento hasta una fuente última.” (Birchall, 2006: 124). Ciertamente, el conocimiento legitimado se puede presentar como una “inversión segura” (cf. 2006: 125) por la ya mencionada tendencia hacia la purga de lo figurativo e invisibilización del proceso retórico al que está sujeto. La adopción de un horizonte narrativo ficcional proporciona la complejidad conceptual para explicitar este borramiento y, así como explican Mink y de Ípola, instar a la responsabilidad que tienen los intérpretes a la hora de creer y crear conocimiento.

## 6. CONCLUSIÓN

En el primer apartado de este trabajo se discutió la importancia de la narrativa en la teoría contemporánea, utilizando los aportes de la “Nueva Filosofía de la Historia”. White argumenta que la historia no es simplemente un registro de hechos, sino que implica una estructura narrativa que da sentido a los eventos históricos. Propone cinco niveles de conceptualización, que se utilizan para explicar el sentido de los eventos e indaga cómo los historiadores utilizan tropos del lenguaje para presentar el pasado en sus narrativas; estos tropos influyen en la forma en que se construye y se entiende la historia. Además, explora la relación entre esquema y figura en la narrativa

histórica, particularmente el lugar de los argumentos entimemáticos, en los que se significa más de lo que expresamente se dice, lo que influye en las interpretaciones y las expectativas de los interlocutores. También se mencionó cómo Mink se une a esta perspectiva al mostrar que la historia y la ficción son narrativas de acontecimientos y acciones. Este autor cuestiona la relación entre narrativas históricas y hechos, así como la noción de acontecimiento y propone que las narrativas históricas son instrumentos cognitivos creados para comprender el pasado. En las obras de White y Mink se estudia la relación entre narrativa e historia, desafiando la dicotomía entre historia y ficción, y destacando la importancia de la narrativa en la comprensión de la historia y en la constitución de un sentido de realidad para los agentes y para los distintos horizontes sociales en los que se constituyen.

En el segundo apartado, se vio como Frye sostiene que la crítica literaria debe basarse en elementos conceptuales que se relacionan con el rol de la ficción en la cultura, en lugar de depender de juicios de valor. Recepcionando la tradición aristotélica, considera que lo primordial de la ficción radica en la trama, que involucra a personajes que realizan acciones y que la capacidad de acción de los personajes en las tramas se compara con el poder de acción de la audiencia. Como la ficción se desarrolla desde los mitos hacia formas más realistas, pero este proceso se encuentra invisibilizado, se sostiene que lleva a una oposición entre lo real y lo ficcional. Esta oposición ha llevado a considerar la ficción como irreal o falsa, lo cual Frye cuestiona. Luego, se recorrió la obra de Ryan, en la que pone en diálogo dos teorías sobre lo virtual, la de Baudrillard, que lo asimila a lo falso, y la de Lévy, que lo asume como lo potencial. Haciéndose eco de esta última, la autora sostiene que lo virtual puede actualizarse infinitas veces, lo que implica una retroalimentación constante entre lo virtual y lo real. Esta visión ofrece una comprensión más rica y dinámica de la relación entre ambos polos, sugiriendo que la realidad virtual no amenaza la realidad “auténtica”, sino que acelera la retroalimentación entre lo virtual y lo real. En los señalamientos de Frye y Ryan sobre la ficción se encuentran aportes fundamentales para completar un concepto potente de narración ficcional que sirve para analizar el fenómeno discursivo del chisme.

En el tercer apartado, se presentó el caso del chisme. Siguiendo a Birchall, se puede afirmar que se define por ser autoconstituido y no pretender remitir a ninguna fuente externa. Gracias a de Ípola, se muestra que porta un

nomadismo discursivo, que subvierte la idea de un canal directo de la información. Finalmente, Fasano observa que esas características no impiden que el chisme circule colectivamente y cuente con la potestad de aunar sentidos en una comunidad. Los análisis de los autores llevan adelante una puesta en valor del chisme como objeto de estudio de diversas disciplinas, como la teoría cultural, la sociología y la antropología, al iluminar su función social. Como se observó con anterioridad, estos aspectos lo hacen objeto de estudio del horizonte teórico narrativo ficcional. De manera sucinta, puede afirmarse entonces que el chisme, como narrativa ficcional, modela la realidad para los hablantes. Este nuevo enfoque permite examinar nuevas dimensiones del fenómeno y realizar apreciaciones críticas a los análisis de los teóricos del chisme.

De la mano de Birchall, en el cuarto y último apartado se identificaron dos falacias: por un lado, la pretendida predicción de la función social que tendrá el chisme en una comunidad de sentido (subversiva, normalizadora, etc.); y por otro lado, la suposición de que es una práctica cognitiva que se da por fuera del ámbito del conocimiento formal. Siguiendo las obras de Harris y Kellner, se formuló un concepto de situación retórica a partir del cual se determina que la función social del chisme es analizada en contexto. Para esto es preciso comprender que lo que se comunica nunca es transmitido sin transformaciones del emisor a la audiencia, sino que el mensaje es construido por ambas partes, bajo ciertas condiciones contingentes. La efectividad retórica del chisme radica en la apelación a los sentidos compartidos por la comunidad, usualmente no explicitados e invisibilizados. Este borramiento habilita que los conocimientos legitimados se presenten de manera separada a los no legitimados, cuando en realidad están sujetos al mismo proceso de conformación de los significados en una comunidad.

En virtud de este derrotero se establece un marco conceptual que, lejos de simplificar al fenómeno del chisme, permite analizarlo en su complejidad. En tanto narrativa ficcional, el chisme no constituye una práctica aislada del lenguaje, por el contrario, ocupa un rol como articulador de significados mediante la ficcionalización. Es decir, el chisme es una práctica que marca la disputabilidad de sentidos en el orden de lo social y la resolución de ese proceso no remite a una contrastación con la realidad, porque eso mismo es lo que está siendo puesto en jaque. Tampoco se resuelve remitiéndose a una autoridad que valide o refute lo que se chismea, por el mismo montante

disputativo, de resistencia a una autoridad, que está implicado en el procedimiento.

Que el orden de lo narrativo no se opone al del conocimiento y a la postulación de un pasado y un presente en común, sino que es consustancial a ese conocimiento y esa comunalidad, es uno de los principales legados de la “Nueva Filosofía de la Historia”. Y que esa narrativización se da mediante el recurso a un concepto amplio de ficción, entendiéndolo no un orden restringido, derivativo o sustitutivo de lo que se sabe que es falso, sino un registro del ámbito de potencias y concebibilidades disputables en cada práctica verbal, es lo que posibilita hablar de un concepto vasto y preciso que en este trabajo se ha denominado narrativa ficcional. Como resultado, es posible dar cuenta de fenómenos discursivos como el chisme, previamente considerados no legítimos, como factores fundamentales de los procesos cognitivos y políticos de la sociedad.

## BIBLIOGRAFÍA

- Ankersmit, Frank y Kellner, Hans (1995), *A New Philosophy of History*, Londres, Reaktion Books.
- Bentham, Jeremy (1983), *Deontology*, Oxford, Clarendon Press.
- Bentham, Jeremy (1932), *The Theory of Fictions*, Londres, Kegan Paul.
- Birchall, Clare (2006), *Knowledge Goes Pop: From Conspiracy Theory to Gossip*, Nueva York, Berg.
- de Ípola, Emilio (1982), “La bembá”, *Ideología y discurso populista*, México, Folios.
- Fasano, Patricia (2006), *De boca en boca. El chisme en la trama social de la pobreza*, Buenos Aires, Antropofagia.
- Frye, Northrop (1991[1957]), *Anatomía de la crítica*, Caracas, Monte Ávila Editores.
- Frye, Northrop (1963), *Fables of Identity. Studies in Poetic Mythology*, Londres, Harcourt Brace Jovanovich.
- Gluckman, Max (1963), ‘Gossip and Scandal’, *Current Anthropology*, 4(3): 307–16.
- Gordon, Jan B. (1996), *Gossip and Subversion in Nineteenth Century British Fiction: Echo's Economies*, Oxford, MacMillan.
- Harris, Roy (2013 [2004]), *The Linguistics of History*, Edimburgo, Edinburgh University Press.

- Harris, Roy (2001 [2000]), *Rethinking Writing*, Londres, Continuum.
- Kellner, Hans (2013), “The return of rhetoric” en Partner, N. y Foot, S. *The Sage Handbook of Historical Theory*, Londres, SAGE, pp. 148-161.
- Kellner, Hans (1989) *Language and Historical Representation*, Madison, Wisconsin, University of Wisconsin Press.
- Lavagnino, Nicolás A. (2021), Tres teorías de la ficción. *Prometeica - Revista De Filosofía Y Ciencias*, (22), 7–22. <https://doi.org/10.34024/prometeica.2021.22.11586>
- Lavagnino, Nicolás A. (2019a), “Hans Kellner y las fuentes lingüísticas del conocimiento histórico: esbozo de una retórica de la historia”, *Páginas de Filosofía*, Año XX, No 23 (enero-diciembre 2019), 83-91.
- Lavagnino, Nicolás A. (2019b), “Consecuencias del narrativismo. Alegoría, argumentación y retórica en la filosofía de la historia de Hans Kellner”, *Páginas de Filosofía*, Año XX, N° 23 (enero-diciembre 2019), 115-140.
- Lavagnino, Nicolás A. (2011), *Tropología, agencia y lenguajes históricos en la filosofía de la historia de Hayden White*, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires. <http://repositorio.filo.uba.ar/handle/filodigital/1454>
- Lienhardt, Peter (1975), “The Interpretation of Rumour” en Beattie, J.H.M. and Lienhardt, R.G. *Studies in Social Anthropology*, Oxford, Clarendon Press.
- Mink, Louis (2015 [1987]), “La forma narrativa como instrumento cognitivo” en *La comprensión histórica*, Lassaque, L. F. (trad.), Buenos Aires, Prometeo.
- Paine, Robert (1967), “What Is Gossip About? An alternative Hypothesis”, *Man*, New Series, Vol. 2, N° 2, 278-285.
- Ryan, Marie-Laure (2004 [2001]), *La inmersión y la interactividad en la literatura y en los medios electrónicos*, Fernández Soto, M (trad.), Barcelona, Ediciones Paidós Ibérica.
- Spacks, Patricia Meyer (1985), *Gossip*, Chicago y Londres, University of Chicago Press.
- Vaihinger, Hans (1924), *The Philosophy of “As If”*, Londres, Kegan Paul.
- White, Hayden (1992 [1973]), *Metahistoria: La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*, Mastrangelo, S. (trad.), México: Fondo de Cultura Económica.

**María Eugenia Somers.** Es becaria doctoral CONICET, doctoranda en Filosofía en la UBA y Profesora en Enseñanza Media y Superior en Filosofía, también de la UBA. Es Profesora Adjunta de Ética Profesional en Arquitectura en la Universidad Torcuato Di Tella y Ayudante de primera en Introducción al Pensamiento Filosófico en Trabajo Social en la Universidad Nacional de Moreno. Es investigadora en formación del proyecto de investigación UBACyT (Programación 2023-2025): *Ars trópica: ficción, situación retórica y política de la narrativa*, dirigido por el Dr. Nicolás A. Lavagnino y participa del seminario permanente de formación *Ars Trópica*, también dirigido por el Dr. Lavagnino. Ha participado y organizado diversos eventos académicos y de extensión, nacionales e internacionales. El objetivo general de su investigación doctoral es articular los aportes de la tradición hermenéutica y del narrativismo en la “*Nueva Filosofía de la Historia*” como insumos para aplicar al ámbito práctico de la medicina y la bioética.

D. R. ©María Eugenia Somers, Ciudad de México, julio-diciembre, 2024.